

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XI

BARCELONA 20 DE SEPTIEMBRE DE 1900

NÚM. 513

✦ DIRECTOR, J. F. Luján ✦



¡Dios mío, que no me deje sola esta noche!

Cháchara alegre



Una pandereta, para estar alegre,
no hace falta más para retozar.

EN este mundo todo puede gozar del privilegio de la actualidad, hasta las patronas de huéspedes «con ó sin asistencia».

Porque en esta época del año, en estos días en que los estudiantes vuelven de sus respectivos pueblos, donde han pasado las «imperiosas vacaciones del estío», son las patronas *los héroes* (y lo pongo en masculino porque la que más y la que menos merecería ser carabinero) *del día*.

Todos, al tomar el tren para venir á la ciudad, piensan en lo mismo: en la casa de huéspedes. Los *neófitos* en estas lides, es decir, los que no conocen aún el cocido de doña Sisebuta, por ser el primer año que se separan de las faldas de sus madres para venir á estudiar á la Universidad, se las prometen muy felices, creyendo que con veinticinco duros que les mandarán de su casa todos los meses, vivirán hechos unos príncipes ó cosa parecida, y llegan aquí alegres como unas castañuelas, saboreando ya las delicias del próximo invierno, sin deberes filiales que cumplir, ni tutela paterna que les oprima.

Todos los años, por estos días, recibo varias visitas de paisanos que acuden á mí para que les indique una casa de huéspedes recomendable.

Y yo, antes, les recomendaba á doña Sisebuta, que era la patrona más simpática y económica de todas las que conocía.

—¿Cuánto cuesta?—me preguntaban.

—Nueve duros, con asistencia y ropa limpia.

Y ante esta baratura, á doña Sisebuta se le llenaban en seguida las habitaciones de su casa de imberbes, que eran para ella la base del negocio hospederil.

Al principio, muy bien; pero un año se convencieron los huéspedes de que con aquella alimentación iban camino del cementerio, y volvieron á mí para consultar el caso.

—Doña Sisebuta es una tirana; no se puede vivir en aquella casa. Por la mañana nos da pez disuelta en agua caliente, en lugar de chocolate; al medio día, tortilla hecha con huevos pasados...

—¿Por agua?—interrumpo yo con extrañeza.

—No, señor; podridos he querido decir.

—¡Ah! ¿Y después de la tortilla?

—Habichuelas ó garbanzos, que parecen perdigones por lo pequeños y por lo duros, y luego carne frita ó asada, lo mismo que suela de zapato. Además, tiene un carácter,—sigue diciendo mi paisano,—que no lo quisiera yo para mi suegra cuando me case. El otro día le tiró una bota vieja á un huésped, y tuvo que intervenir la autoridad. En fin, que es irresistible la buena señora, y venimos á decírselo á usted para que no la recomiende á nadie.

En vista de las buenas cualidades que poseía doña Sisebuta como patrona, se me ocurrió la idea de que se dejaran de casas de huéspedes y que formaran una república por su cuenta, para lo cual debían contar, ante todo, con buen número de amigos que fueran partidarios de la idea.

—Nos parece bien,—dijeron, prometiéndome que me avisarían en cuanto estuviera organizada.

Al poco tiempo, un día, cuando llegué á mi casa, la criada me entregó un oficio cerrado, en cuyo sobre había un sello que decía: «República de Andorra—Presidencia del Consejo de Ministros».

Rompí el sobre y leí:

«Reunidos en Consejo extraordinario los señores Ministros de esta República, han acordado invitar á usted á que esta noche venga y cene con nosotros para enterarle de la organización

que hemos dado á la nueva República.—El Ministro de Relaciones Exteriores, *Fulgencio Estrada*.»

Esperé con impaciencia la hora de acudir á la invitación.

*
* *

Después de cenar, me condujeron al salón de sesiones, donde el Gabinete celebraba sus Consejos de Ministros, y me leyeron el reglamento interior, que no dejaba de tener gracia. Según éste, aquello era una verdadera República, dirigida por el Presidente del Gabinete, en cooperación con los que desempeñaban las diferentes carteras.

Cada mes, el que desempeñaba el cargo de ministro de Hacienda, recaudaba los fondos necesarios, que eran encerrados en una caja, de la que tenían él una llave y otra el Presidente. El ministro de Gobernación era el encargado de asegurar el orden interior, de obligar á la servidumbre á que cumpliera con su cometido, etc., etc.

Cuando uno de los criados cometía alguna falta de importancia, doña Paca, que era una vieja que había sido nodriza de uno de los *ministros*, y que ejercía entonces el cargo de ama de llaves, daba cuenta al Ministro de la Gobernación, y éste lo ponía en conocimiento del Presidente y demás compañeros del Gabinete, los cuales se reunían inmediatamente en Consejo para entender del caso y expulsar al criado.

La expulsión se le comunicaba por oficio, firmado por el Ministro de la Gobernación, en el que se hacía constar el motivo en que se fundaba el Ministerio para proceder de aquel modo; y el criado salía inmediatamente de la República.

Me hicieron ver las inmensas ventajas que tenía aquel modo de vivir sobre el que les daba doña Sisebuta, y yo salí de allí dispuesto á no recomendar en mi vida á nadie las casas de huéspedes.

Ahora, cuando me vienen á consultar acerca de esto, les digo:

—Formen ustedes una nueva República de Andorra.

Ya sé que doña Sisebuta anda por ahí echando pestes y maldiciones contra mí, y hasta me han dicho que ha asegurado formalmente que en cuanto me tropiece me atraviesa con el sable de su *difunto*, que había sido municipal de á caballo; pero yo sufro con gusto estas persecuciones y las iras de doña Sisebuta, que ya es sufrir, por el bien de mis paisanos.

CARLOS RÍA-BAJA.

Átomos

I

El motivo no lo sé;
pero decía la gente:
—¡Tan jovencita...! ¡Ya ves...!

II

¡Qué poquito os cuesta
dar vuestra opinión!
Y al casarme, si resulta mala,
lo pagaré yo...

MORENO.

SORPRESA



¡Estaba en el balcón!



CAMINO DE LA FUENTE

MATERNIDAD

Luisa, 22 años.—Isabel, 30

LUISA.—¿De compras?

Isabel.—Sí. El pan nuestro de cada día; el pan que traen los hijos debajo del brazo, según dicen... Un vestido para el ama. A ver, ¿qué te parece? Mira. .

Luisa.—Muy bueno, ya lo creo... Es un merino riquísimo .. doble de ancho... ¿La vistes de pasiega?

Isabel.—Sí, entró con esa condición. Es vizcaína, pero como el traje de pasiega es más caro... Hay que agradecer que no sea moda vestirlas de sultanas .. Pues lo de menos es la tela, luego eche usted los botones y collares .. ¡Y comer!

Luisa.—Sí, no me digas. Yo lo veo en casa de mi hermana. Por eso haré todo lo posible por criar á mi hijo, y mi pena mayor sería no poder criar.

Isabel.—Sí, es una pena... Yo crié al primero y empecé á criar al segundo...

Luisa.—Y de seguro has sentido no criar á éste...

Isabel.—Sí, lo he sentido; pero, sintiéndolo y todo, te aconsejo que no cries.

Luisa.—¡No me lo digas! Soy fuerte, no creo que me perjudique.

Isabel.—La salud es lo de menos. Nunca me he encontrado mejor que cuando criaba.

Luisa.—¿Entonces? ¿Que es mucha sujeción, que por fuerza ha de privarse una de teatros, de diversiones? ¡Si vieras qué poco me importa!

Isabel.—Lo supongo... Pero tampoco es eso.

Luisa.—Explicate.

Isabel.—Mira; cuando yo criaba á mis hijos y con una niñerita modesta que los llevaba en brazos salía con ellos á paseo, al pasar entre dos filas de nodrizas, insultantes de lujo, recargadas con galones de oro y cadenas de plata; al considerarme objeto de sus burlas groseras, despique del despecho, porque yo era para ellas una emancipada de su tiranía insufrible... ¡si vieras qué orgullosa me sentía! ¡Única madre en aquella huelga de madres! No comprendía cómo por comodidad ó por lujo hubiera mujeres que se resistieran á cumplir deber tan bien recompensado con sólo cumplirlo... Ahora lo comprendo... Yo cumplía con los deberes de la maternidad, pero .. huelga de madres ó huelga de esposos, he aquí el problema. ¿Has comprendido?

Luisa.—Comprendo que si tú cumplías con tu deber, alguien faltaba al suyo... ¡Pero es infame'...

Isabel.—Eso dije yo, infame, porque entonces nos han engañado... ¡La santa maternidad! Y mientras tú aceptas sus deberes como un sacerdocio, tu marido ..

Luisa.—¡Ay! En ese sacerdocio tu marido no puede decir misa, ni siquiera ayudar á ella.

Isabel.—Pero á lo menos podía oirla con respeto. ¿Qué dirían los hombres si en una enfermedad, en una ausencia suya, siguiéramos su ejemplo?

Luisa.—A ellos todo les disculpa.

Isabel.—Tienes razón, todo... Yo quise separarme de él para siempre, y todo el mundo se burló de mí. ¡Separarme por una pequeñez!... ¡Por lo más natural del mundo! .. ¡Por un pecadillo que todos los maridos cometen y todas las mujeres toleran!... Mi familia estaba escandalizada: mi madre misma; el antiguo médico de casa se hartó de llamarme ignorante, porque no me conformaba con lo que, según él, era ley de la Naturaleza... ¿Qué más? El confesor sólo pudo decirme: ¿Qué quieres, hija mía? Si tu esposo viniera por aquí, yo le diría más de cuatro cosas; á ti, sólo debo decirte que perdones... ¡Ah! Nos engañan miserablemente... Antes de casarnos debían enseñarnos esas leyes naturales de que hablaba el doctor, y al casarnos, debían leer dos epístolas diferentes: una para los hombres, otra para nosotras, ya que no reza la misma con ellos que con nosotras...

Luisa.—¡Vaya, cálmate! Ya sabes á qué atenerte... y yo también.

Isabel.—Ya lo sabes. No cries á tus hijos. Un ama no puede robarte su cariño; cualquier mujer puede robarte el cariño de tu esposo. Que no quede por ti... Los hombres lo quieren. ¡Huelga de madres!

JACINTO BENAVENTE.



PITONISA DE DELFOS.

LIBROS Y COMEDIAS

LOS AYACUCHOS, por B. Pérez Galdós

(SEGUNDO Y ÚLTIMO)

DIGO otra vez que no es obra sencilla retratar caracteres infantiles, y menos aún si se trata de un carácter vivo, no ideado, que escapa á todos los recursos de la observación *actual*. Galdós no podía reconstruirlo componiéndolo con rasgos vulgares, de los que se estudian y recogen en el trato común. Se ve más bien el cuidado que emplea en huir de las ingenuidades y los gracejos que convienen á todas las criaturas, y con que sin gran esfuerzo se nos representa verosímil el tipo anónimo. La discreción y el tacto que pone en cuanto habla de las regias niñas, comprueban esta dificultad. Naturalmente, el autor de *Los Ayacuchos* se limita á darnos un apunte á la pluma, y, sobre eso, de perfil; pero con mano segura, con pulso firme, para que del parecido no se dude, ni quede el retrato borroso. El mérito es indiscutible; marcada está la genial inspiración. No analiza, no mete la sonda en la entraña psicológica para darnos la visión exacta, nimia, clara, del ente; pero el dibujo es de líneas vigorosas y no pasa por nuestros ojos fugaz. Los tres primeros capítulos producen una emoción muy viva. No menos estampados quedan en ellos Argüelles y Quintana (tutor aquél, ayo éste de la Reina, con los auspicios de Espartero y de las Cortes), sin descripciones cansadas ni prolijas. Parecen todos caprichos de Goya.

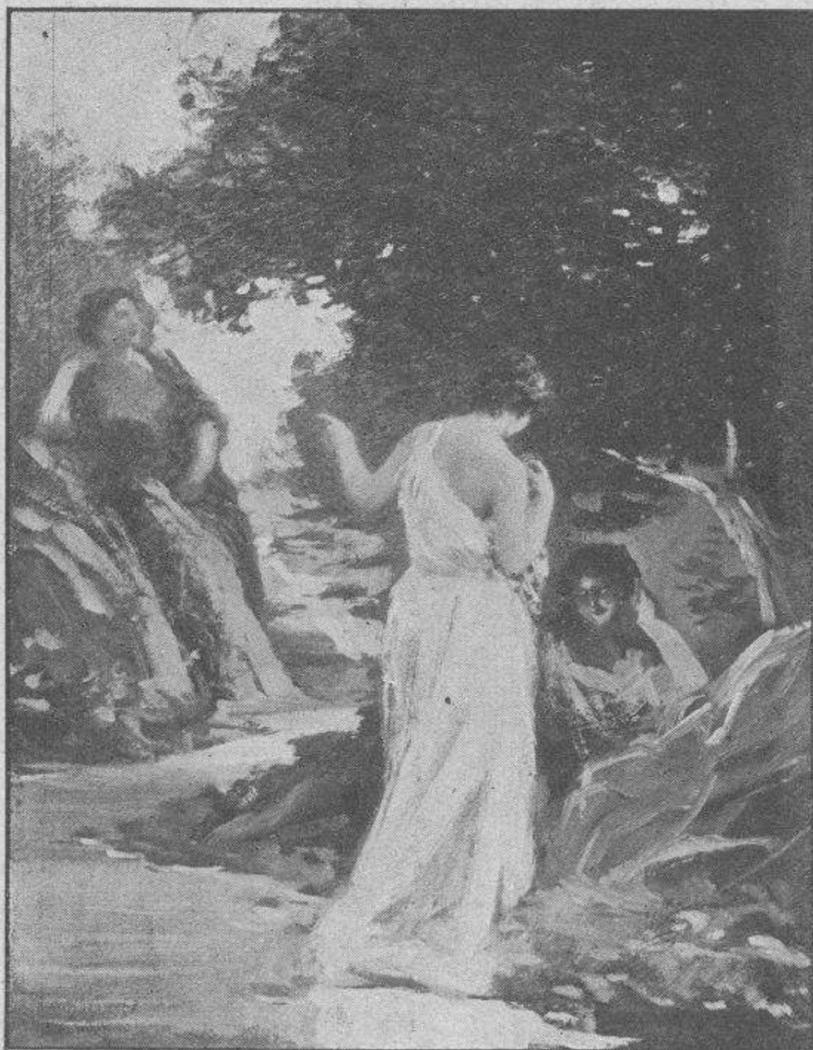
Le ayudan mucho á Galdós en la empresa, los acontecimientos históricos, y en ellos se ampara principalmente cuando nos presenta á Isabel II; pero esta misma ventaja ofrecería invencibles peligros á otro ingenio menos claro que el suyo; á él nó: á él le sirve mara villosamente para armonizar la narración. De todos

modos, el atrevimiento de poner á las niñas en escena, da testimonio de sus bríos y de sus merecimientos. Podía, como ha hecho en otras pinturas, haber abierto el libro valiéndose de cartas en que supuestos personajes corriesen con la responsabilidad de tan aventuradas y expuestas apreciaciones; pero entonces veríase artificio donde ahora no lo hay, y no fuera su labor tan digna de loa.

Las cartas tengo yo la certidumbre que no las emplea Galdós por simple capricho: no es hombre, en cuanto de él he estudiado, que deje á la fantasía vagar y dominio con que subyugarle; la domeña, la reduce á los límites naturales para que obedezca dócilmente á la razón, al juicio, á la mesura de su arte: los entusiasmos férvidos provocan en ciertos artistas *momentos sublimes de ánimo*, y entregados á la exaltación, *producen* inconscientemente, como si les dictaran al oído: bellas cosas dicen sometidos al influjo de esta embriaguez divina; pero el sistema está expuesto á no pocos sinsabores: la obra trabajada así no obedece en ciertas ocasiones á la idea genial, y la inspiración queda obscurecida por los defectos, por las manchas, por la impotencia humana. Hay otro peligro: el poeta que no oye si no las voces que resuenan en su cerebro, puede equivocarse en la percepción de las sensaciones, separadas por una línea sutil del sentimiento, y en este caso no sólo yerra apartándose de la realidad, pero en cuanto concede á la idealización. La ética de Galdós es otra; la estética, por consiguiente, también. En estos últimos tiempos, sobre todo, cada página, cada línea, cada frase de sus libros están meditadas, lo cual no impide que sea el primero (quizás único) entre los primeros, ni viene en desdoro de su *genio* inmortal.



LA BARCA DE LA PRINCESA MIRKA



PARADISSO

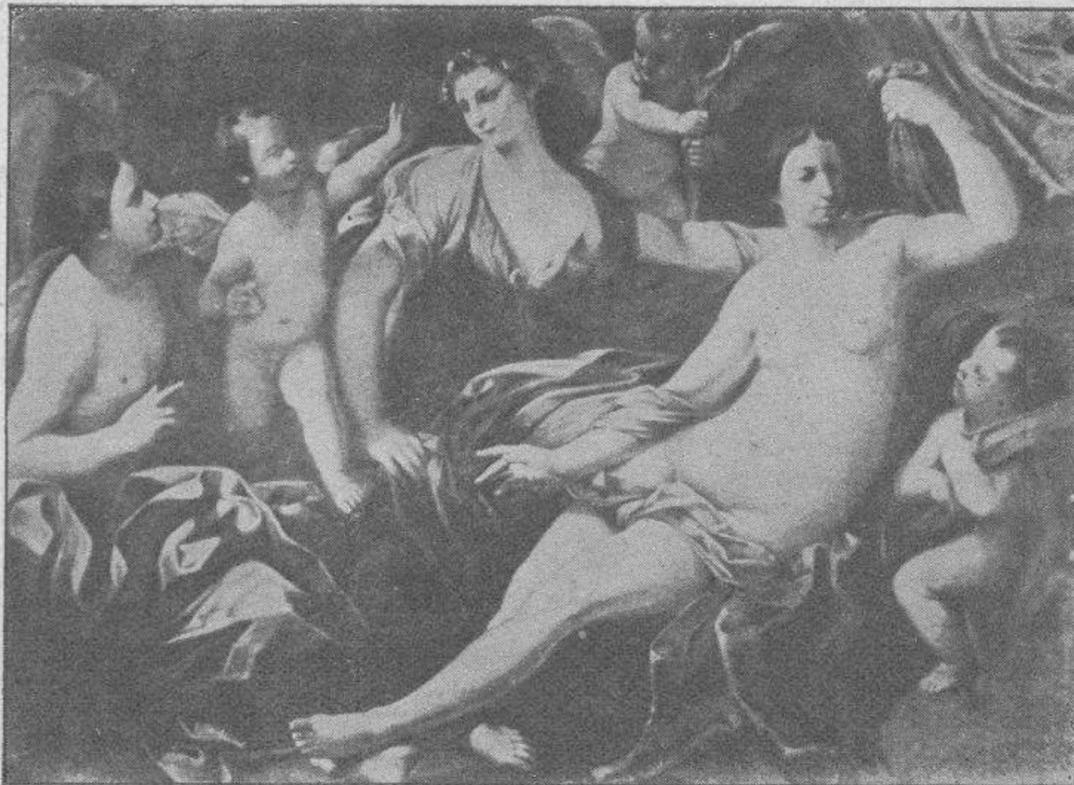
He puesto todo lo que antecede, por dos cosas: una para que conste que no aplaudo á Galdós ciegamente, puesto que *razono*; otra para que sirva de corolario á la demostración que pienso hacer hablando de las cartas. ¡Dichosas cartas! Dicen por ahí, y según parece se lo han contado á Galdós en letras de molde que *abusa* del género epistolar. ¿Por qué? Tratemos críticamente (como si dijéramos *científicamente*) la cuestión. ¿Qué se entiende por género epistolar? ¿Las cartas que ha escrito Galdós en la última serie de episodios caen dentro de la clasificación de la vieja retórica? Nó. Ni siquiera tienen parentesco con las cartas que ha intercalado Balzac en alguna de sus novelas, ni con las de Voltaire, que son más subjetivas aún, y por tanto menos obedientes á toda férula oficial. Las cartas de Galdós no tienen de cartas sinó que están en forma de cartas: con la dirección y la firma; quitando lo uno y lo otro quedarán como pasaje narrativo, con toda la fuerza descriptiva, con todo el encanto poético, con todo el *humanismo*, que emplea Galdós en sus *estudios reales*. Estas cartas no son hinchadas, huecas por dentro, modelos de *elocuencia*: y aun en lo que llevan de *personal*, relacionado con la trama del libro (unido á la vez con la sucesión de los hechos que llamamos históricos) nótase lo que vulgarmente se entiende por interés novelesco. Las de «Los Ayacuchos» exceden en gracia, en intensidad y hasta en *picardía* (clásicamente hablando), á las de otros episodios. Por ellas pasan per-

sonajes, acontecimientos, escenas palpitantes, *actualmente* vividas, como en cualquier otro género *narrativo* ó describe el escritor; la novela, en fin, de los personajes que concurren á la acción histórica, y la de los que directamente la determinan. Y no viene esto en quebranto de la *unidad*, que sistemáticamente creemos necesaria tratándose de escritos literarios, sinó que pasma ver lo armónico del conjunto en descripciones para las cuales otro autor, sin el sentido sintético que Galdós posee, necesitaría tres ó cuatro volúmenes. Ahora, antes de cerrar este punto, digo: ¿Acaso en una obra no pueden emplearse diferentes medios, el narrativo, el descriptivo, el dialogado, el epistolar, la historia, la comedia, la sátira, etc., cuanto constituye en suma, el vario, infinito carácter humano? Déjolo aquí porque me reservaba estas consideraciones para otro lugar y para estudios más profundos, examinando totalmente la última serie de episodios de Galdós. Lo que veo con gusto es que Galdós propende á introducir esta variedad exquisita que casa al arte con la Naturaleza.

Peero sobre lo expuesto, que ya basta y sobra, hay una razón incontrovertible. Galdós no emplea caprichosamente las cartas; las emplea como razón de... de alta política. Los acontecimientos de la última serie están muy cerca de él, muy cerca de nosotros. Aun viven muchos de los personajes que en ellos figuran, y el género epistolar le evita nó los prejuicios propios, sino las acerbas censuras de los extraños; las apreciaciones, la filosofía de la historia pónelas en boca de personajes intermedios, fabulosos, y á su cargo quedan todos los apasionamientos de escuela. En «Los Ayacuchos», manteniéndose imparcial, hace que juzguen, por ejemplo, la gestión de Espartero, y la revuelta de Palacio que costó la vida á León, un amigo y un enemigo del héroe de Luchana. ¿Cómo habría podido mantenerse neutral, aun intentándolo, á los ojos del vulgo, hablando de propia cosecha? Me extraña (no lo he leído, me lo refieren) que Clarín haya visto abuso en lo que no es sino reflexión, prudencia, alta sabiduría.

Ya sé yo que, desgraciadamente, nuestro público no está preparado á las lecturas y que es opinión vulgar, aun entre los que leen, que tales lecturas son fatigosas. Esto es un prejuicio más que no impide que Galdós haya escrito uno de los Episodios más interesantes, más cultos, más bellos de la última serie...

J. F. Luján.



LA CORTE DE VENUS

Museo del Louvre.

EL PECADO

Era Elisa muy niña, yo muy niño.
Jugábamos los dos alegremente,
y si ella me besaba con cariño,
yo la besaba con amor su frente.

Elisa fué creciendo, yo fuí mozo,
y aun siguieron los besos con el juego;
Elisa fué mujer, hombre yo luego;
y aun ella me besaba sin rebozo.

Un día, mi tutor y su madrina,
los besos y los juegos prohibieron;
y esta amorosa usanza peregrina,
que era grave pecado nos dijeron.

Mas desde entonces, siempre que nos vemos
y solos en su casa nos hallamos,
yo la digo muy triste: —¿No pecamos?
y ella me dice con rubor: —¡Pequemos!

O. CUARTERO.

SONETO

Yo perdonara la traición artera,
huésped eterno de tu pecho ingrato,
si alguna vez en tu amoroso trato
me hubieras dicho una verdad siquiera.

¡Yo perdonarte, inicua!... Cuando adquiera
todos los bienes que te di insensato,
el ardor de mi cándido arrebato,
el noble arranque de mi edad primera,

Pido al cielo que en cambio de tu calma
te dé mi pena, y que tu pecho herido
llore con sangre la perdida calma.

Mas ¡ay! en vano la venganza pido;
que estos males se sufren en el alma,
y tú, perversa, nunca la has tenido.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.



—¿Green ustedes que no es difícil poner un sombrero sobre una cabeza como la mía?

CONSEJOS

Quieres casarte, buen Juan,
y pides con impaciencia
consejos á mi experiencia;
¿no es así? pues allá van.

Oye: tiene mil azares
eso de tomar mujer:
por el pronto, suelen ser
malos los pre iminares.

Estos son: ansias, desvelos,
temores, citas, desvíos,
trasmochadas, desafíos
y peloterías y celos.

Amanece con el día
y vela: no hay más recurso;
yo, de novio, estudié un curso
completo de astronomía.

Decidiste á ser esposo;
y sufres, que es *la más negra*,
de la veterana suegra,
el examen codicioso.

Entra el gasto,—es cosa obvia:
y te exprimen sin piedad,
cuando no la vanidad,
los caprichos de la novia

Llegamos al desposorio:
das el suspirado sí.
¡Gracias á Dios! hasta aquí
has pasado el purgatorio.

Mas preso en el lazo tierno
tu amoroso afán reposa.
¡Ay, Juan! ¡eso es otra cosa!
¡cómo que empieza el infierno!

ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ.



EL SUEÑO DEL HADA

CAÑITAS

I

—¿Qué camino he de seguir?,
me preguntó una mujer;
y exclamé al mirar su cara:
—¡Por el camino del bien...!

II

Si tendrá razón la gente
que nos llama enamorados:
estamos los dos á solas,
y tú callas, y yo callo.

III

Las palabritas de un hombre...
Las lágrimas de mujer...
¡Ay, qué cosas más bonitas
cuando las emplean bien!...

IV

Si un cariño como el mío
encontrase compañero
dirían que era mi casa
una sucursal del cielo...

V

Mi madrecita me dice
que seré muy desgraciado,
porque á quien me llama «amigo»
lo quiero como á un hermano.

VI

Yo te juro por las cruces
de tu reja sevillana
que no hay un jirón de cielo
más bonito que tu cara...

VII

Tú dudas que seas mía,
y puedo jurarte yo
que al rezar hoy á la Virgen
nos echó la bendición...

VIII

Un loco, tras de una reja,
así cantaba una vez:
—¡Cien mujeres para un hombre
y uno solo para cien!

IX

Con una chispa tan sólo
puede forjarse un incendio.
Con una mirada tuya
se vuelve malo el más bueno.

X

He de rogarle al Señor,
como castigo á tu pena,
¡que te haga dormir soñando...
y soñando que eres buena!

XI

Qué vida la vida
del sepulturero,
¡cuando bese á sus hijos y piense
en el cementerio!...

XII

Todo el querer que te tengo
se me escapa por los ojos;
si lo coges con los tuyos...
¡qué caminito más corto!

J. ENRIQUE DOTRES.

BELLAS ARTES



CREPÚSCULO

Cañuta y Mochila



LOS SUEÑOS EVOCADOS POR EL POETA

Temidos y respetados por sus buenos puños y mejores plantas, vivieron largo tiempo felices con sobra de miseria y buen humor.

Mochila se casó con *Colasica*, hermana de *Cañuta*; y éste permaneció soltero porque, como *Mochila* no tenía hermanas, no parecía bien que, habiendo de vivir juntos, se alterara tan constante amistad y plácida vida con el fermento de dos mujeres en la casa.

Contentos con su escasez de fortuna y su sobra de gracias personales, faltábales á nuestros hombres—para remate y complemento—la satisfacción de un deseo largo tiempo acariciado. Visitar Zaragoza con ocasión de las fiestas del Pilar, *pa correla en grande*, como ellos decían.

Llegó, por fin, el venturoso día—¡el 10 de octubre de 1877!—en el cual *Mochila* y *Cañuta*, después de abrazar á su mujer y hermana, y de esconder el primero en su faja ochenta reales en *cuadernas* bien apretadas en un papel de estraza liado con una tosca cinta de alpargata, emprendieron su caminata á la capital, montados en sendos machos y trazando surcos en la carretera con los pulgares de sus soberbios pies, que colgaban de los costados de la bestia como si fueran artesones.

De lo que en Zaragoza les sucedió á nuestros héroes, dará cumplida muestra la siguiente carta que entregó *Cañuta* á su hermana; carta que, sin añadir ni quitar, transcribimos para enseñanza ejemplar de propios y extraños.

«PISTOLA Á COLASICA

»Querida *Colasica*: m' alegraré qu' al recibo d' estas linias t' halles güena; yo, güeno á Dios

gracias pa lo que gustes mandar. El dador d' ésta lo será, Dios mediante, tu hermano Cañuta, que no inoras m' ha compañau á esta zudiá pa ver las fiestas; que voy á contarte Colasica lo que m' ha pasau pa que lo sepas y t' esturdezcas.

»Entremos de madrugada Cañuta, los abríos y yo pol las puertas de Pinchatelas, pol que mus paició el camino más despejau y... y ¡rediez, Colasica! en medio d' un redoncho vimos un rai ú santo, que le digo á Cañuta:—De tóo tiene.—Que me responde Cañuta:—Pus qu' es un rai magro.—¿Y en qué l' has conocido?—que le digo á Cañuta.—Y vai que me responde:—¿Pus no ves qu' es negro?

»Embebecidos estabámos mirando fito la estauta, cuando miá tú que viene un menistro y mus dice que paguemos una peseta de multa pol metenos en vedau, y qu' habíamos d' entrar pol la puerta del Carmen, que como es vieja y paice que se cái, á la cuenta la guardan pa los folasteros.

»Ibámos á entrar pol ésta, cuando otro menistro vestido de color de materia, vai mus dice qu' habíamos de pagar diez cuartos pol pollo y el puchero de mostillo que tragebámos p' al señor Zapato que mus había d' agüespar. ¡Rediez Colasica! Mus salimos jaera de la puerta y vai que le digo á Cañuta:—Cañuta, ¿quiés que paguemos?—Y vai que me dice Cañuta:—Ni pol gallo ni pol la confitura. Dale un repelón al animalico y echa una untada al puchero.—Y en un satim-paces mus comimos el gallo crudo y el mostillo.—¿Y qué dirá el tío Zapato?—que vai que dice Cañuta.—¿Cómo le daremos su presente?—Pus en su casa l' himos de dejar,—que le digo. ¡Rediez qué risa! Y entremos en la zudiá dijiéndole al menistro de la puerta:—Tío güeno, miste qué gallo.—Y le enseñamos el pico, que era lo único que no nos habíamos comido.

»Entremos pol lau del hespital y lleguemos rindo á gargajadas á salir al Coso pol un arquico de San Roque, que según paice es plopietario y vecino de la zudiá. Cuando entremos en el Coso ¡qué manifico! echemos p' un lau pa no pagar s' ibámos por medio (lo cual qui hay un suelo tan estirau que se esbarizaban las bestias), cuando otro menistro vai que mus pide otra peseta.—¡Re. . coll!... —Que le digo:—Pus otro menistro tan enantes mus hizo pagar pol qu' ibámos por medio. Si s' ha de pagar por tóo, avisáilo en el perolico oficial pa que pague el que pueda la nesecidá del cabildo, y asina no emboliquís los tolasteros

»Salimos en cuatro pernáas á la metá de la calle, cuando vai que da en el morro á los machos el ruido d' unos chorricos que caían d' una fuente, fuente que llaman del Norturno; qu' así será, pues á la cuenta es un dios qu' está por meterse en la cama.—¡Rediez! —Que le digo á Cañuta:—¡Qué gorrináa, en metá de la plaza un dios encue-

LA CITA



¿Estás ahí?

La Saeta

ros!—¿Quiés callar?—que dice Cañuta.—¡Qu' ha d' estar encueros!... ¿No ves que lleva un te-
neur?—¡Qué risa, Colasica, qué risa!

»Mientras estabámos entretuvidos mirando á Norturno, vai... ¿qu' hacen los abríos? Que se
ponen á beber en el pilón y mus rodea la gente y viene ¡otro menistro! y mus pide diez vellones
pol beber los machos.—¡Canasto!—que digo yo.—¿Sus paice que semos millonarios? ¿Qué mal sus
himos hecho á tú?—Y vai que responde que no podían beber las bestias en la juente; y Cañuta
espacenciau y sulférico que dice:—¿Que no puen beber las bestias? Miste si puen beber.—Y vai
s' amorra y bebe; y yo le digo al menistro:—¿V' usté á Cañuta? Pus miste si puen beber las bes-
tias... Paguemos, Colasica, paguemos y ya no tienes moño ni el chico chiflaina, que tóo s' ha
gastau como irás viendo.

»Lleguemos pol fin á cal tío Zapato, lo cual que no mus quiso recibir pol que la pardala del Pajuzo
qu' estaba de sirviente, s' había dido á las Americas con el meriscal d' un regimiento. ¿Te p' a tú?

»—¿Pa qui hacen fiestas s' himos de pagar la convidaura?—que le digo á Cañuta.—Y vai que
responde:—Vamos á comer cualquier cosa, y dimpués... ¡juera penas!... á correla en grande
y al trato.—Y comimos unas migas y un melón y nos juímos al café nuevo—¡qué manifico!—y
tomemos café (lo cual que m' hi guardau una redoma, una taza y dos gucharillas), y mus han
hecho pagar dos riales. ¡¡Ladrones!!

»Dimpués mus himos ido á la casa de las comedias, y un tío qu' estaba detrás d' un ventanico
mus ha pidío dos pesetas pol ver la comedia del trato. Como tenía palabra de rai y pior cara
qu' un cuenco esculau, l' himos dau los dineros por dos piacicos de papel, que ¡rediez! al entrar
pol la puerta que vai que le dice un tío:—Deme usté el papel pa entrar.—Vengan dos pesetas:—

que le dice Cañuta.—Pus
¿qué se figuraba usté,—
que le digo yo,—que no
hay más que pidir? Miste,
aquel qu' está debajo de
la escalera enjaulau, mus
ha sacau ocho riales; asi-
na, pues, si usté quié el
papel, vengan dos pese-
tas.—Se quedó sin saber
qué decir, con la boca abri-
da, y mus juímos á pre-
parar los machos, lo cual
que te guardo las dos co-
medias pa que en nengún
Jesús digas que no sabes
lo qu' es trato.

»Nada sus hi comprau,
pol que como no nos han
convidau, nos himos gas-
tau de lo d' otri. Y ésta
sirve pa dicirte que no hi-
mos visto más toros qu' al
secretario y su entenau, y
que como los fuegos ofi-
ciales los hacen mañana,
no mus quedamos pol no
gastar. También sirve pa
dicirte que pol no pagar
los diez riales mi quedau
en la cárcel, y Cañuta s'
ha fufau con los abríos, lo
cual que me darán de co-
mer de balde.

»Da mis fleutos á toa
la vecindá y aguarte que
vaya pa darte lo que te
guardo ricogido del café,
y sin más t' abraza en el
esposito monicipal tu pa-
riente que desea velte el
coracón,

Aniseto Huete (a) Mochila.

Por la copia,
AGUSTÍN PEIRO.



FASCINACIÓN



Una joya japonesa,
que está muy lejos de mi,
y la quisiera muy cerca.

¿Drama ó sainete?

DECIDE, lector. Mi plan es el siguiente:

I

ESCENA.—Un rincón de Extremadura, en pleno verano. Por el día, un sol deslumbrador viste de oro el polvo, que chispea en el aire. De noche, un cielo muy oscuro, salpicado de estrellas muy brillantes, absorbe el vaho, cálido y pegajoso, que traspira la tierra abrasada.

Casi enfrente del pueblo, del cual le separa la carretera, bulliciosa durante las ferias, monótona, desierta el resto del año, el cementerio, muy bonito, blanco y reluciente como casa bien cuidada, alza sus cuatro paredes. Dos cipreses raquíticos negrean, al destacarse sobre la cal del muro, á un lado y otro de la puerta, resguardada por un doselillo de tejas, angosta, baja, de un solo batiente, lo preciso para muertos de aldea, que no van en coche.

Por dentro, unas cuantas lápidas, muy pocas, con inscripciones negras ó doradas; alguna cruz de mármol y muchas de madera, hincadas en hinchazones del suelo, alineadas, simétricas. Bajo cada hinchazón un cadáver; encima, flores en unas, en otras yerbajos, en otras nada, ni cruz. Como en todas partes, las tumbas en los pueblos se cubren, al principio, de flores regadas con llanto; luego, las flores se riegan con agua; después, ni agua, ni llanto, ni flores.

II

PERSONAJES.—También, como en todas partes: *ella* y *él*. Pero aquí, ella, con ser personaje principal, no habla. Ha muerto, nadie sabe de qué; y la enterraron, hace pocos días, llevada á hombros de doncellitas del pueblo, vestida de blanco, orlada de flores, una palma entre las manos, porque ni la Iglesia ni el escándalo, consagraron la derrota de su inocencia. Pero sus labios, aun después de fríos, se tendían en una sonrisa delicada, como el aroma de las rosas; y sonrisa y aroma, para nacer, exigen riego: el aroma, lluvia, que es riego del cielo; la sonrisa, besos, que es riego del amor.

Él, injerto de artista en alma inculta, alma inculta en cuerpo de patán, sacristán del pueblo, imaginaba, á su modo, agarrado á la cuerda, que cada nota de la campana era un «*te quiero*» y cada vibración del aire una caricia. Mientras vivió su novia, adoraba á Dios por costumbre; á ella con toda el alma. Una vez muerta—¡oh flaquezas de la humana memoria!—olvidaba á Dios para acordarse de ella.

III

ACCIÓN.—El sacristán llora mucho. Como es tan ignorante, desconoce por qué sabios designios corta la Providencia la dicha de dos amantes. Pide flores á su hermana para honrar á la muerta. Pero su hermana sólo cultiva una maceta, y en la maceta no hay más que un clavel reventón, rojo, hermosísimo. No importa. Aquello basta, y el sacristán—y de seguro la muerta—estiman esa flor en más que todos los jardines de Valencia.

Al día siguiente, agotadas las flores de su hermana, el sacristán se conforma con margaritas silvestres y alfombra la tumba de su novia con un tapiz de oro y de nieve. Más tarde, roba, en el huerto del cura, algunas rosas que crecen entre coles y patatas. No pasa día sin que visite el cementerio y se arrodille ante la hinchazón del suelo, igual á las otras, empenachada de una cruz como las otras, debajo de la cual duerme su novia hasta que la tierra la convierta en tierra. Y el sacristán greza? No. ¿Llora? Ya, tampoco. ¿Qué hace? Nada: estar allí. Basta.

Una vez se le ocurre la idea de volver á verla. Y aquella noche, noche oscura, á pesar de las estrellas—la luna, en la vida real, no está, como en las óperas, á disposición del artista,—escala, armado de un azadón, las tapias del cementerio, y con ansia, y al mismo tiempo con respeto, desentierra el cadáver.

Y con él entre los brazos, besa las trenzas pobladísimas de pelo, y los párpados que ocultan unos ojos vulgares que le parecieron seductores, y la boca, cuyos labios amarillos dejan resaltar la blancura de los dientes, y las manos, ásperas, que se le antojaron ideales y suavísimas, y el talle, talle de quince años, y las rodillas musculosas, y las piernas mal formadas... Y besa y besa y vuelve á llorar el pobre sacristán, y su corazón se solaza con la humedad del llanto, como la tierra seca con el agua...

Y volvió á la noche siguiente, y á la otra y á la otra... Y tanto besó y lloró, y tanto removi6 la tierra, que al fin le descubrieron y le procesaron, y el tribunal le conden6, porque para besar los restos de su novia y empaparlos de lágrimas profanaba y violaba sepulturas...

IV

TESIS.—El hombre es un ser brutal, ferozmente egoísta. Convenido. Todo sentimiento generoso, todo afecto elevado, toda acción que no reporte beneficio, es en el hombre una excepción y una excepción discutible. Conforme.

Pero ¿por qué diablos de razón se execra—como infame—en el amor de un hombre, lo que se admira—como sublime—en la fidelidad de un perro?

* * *

Lector, ¿drama ó sainete?—Sospecho tu contestación:

«Da lo mismo,—dirás;—pero *eso* es cuento.»

¿Cuento? Pues ya está hecho. Un cuento *sucedido*.

Ahora llena dos copas de Jerez y permite que te brinde esta historia, lúgubre ó ridícula, como quieras.

¡A tu salud, lector!

MARIANO ORDÓÑEZ.



¡APARECIDA!

INCURABLE

A mi amigo FRANCISCO SIRERA PONT

MODOS cuantos le conocían afirmaban que estaba medio loco y que llevaba camino de estarlo completamente. ¡Pobre Arturo! ¡Cuánta lástima me daba!

Tan dichoso, tan jovial y simpático como había sido, y en poco tiempo ¡cuán hurraño se había vuelto! Siempre retraído y siempre triste ¡Qué cambio, Dios mío, qué cambio más radical! Y es que de la felicidad mayor á la desgracia más terrible, hay una distancia insignificante en este mundo .. Y ella, ella; ni más ni menos que una mujer hermosa, pero voluble y coqueta en extremo, era la causa de tanto mal.

No le quería ya, se había hastiado de su cariño. ¿No se hastiaba también de los manjares exquisitos cuando podía tenerlos en abundancia?... Se había cansado. Así pagaba los desvelos, los sacrificios, el amor inmenso que le tenía Arturo.

Pero... ¿qué remedio quedaba? ¿Tenía ella la culpa de ser como era? ¿Se había dado ella acaso la existencia á sí misma? ¿Fué de su voluntad nacer así, tan caprichosa, tan imperfecta, tan movediza?... No, y claro que no. Pues que se culpase á los que la engendraron, á los que la

EN EL ESTANQUE



hicieron: ¡Qué dicha tan grande no hubiese sido para e la la de amar siempre á un mismo hombre, siempre las mismas caricias, los mismos besos..; pero no podía, no estaba en su manera de sentir, aunque estuviese en su modo de pensar. Era una fatalidad. Necesitaba variar de amante como necesitaba variar de vestido, de sombrero.

Pero lo difícil del caso estaba en que Arturo tampoco era la causa de que tuviese aquel modo de ser, y, ¡claro!, siendo él inocente, era la víctima. ¡Cuánta injusticia!

Víctima, sí, porque la amaba mucho, muchísimo, con delirio, aunque no debía; ella le despreciaba; y que amaba á otro bien claro pudo verse; en la calle, en el teatro, en el baile, en la reunión; siempre, siempre juntos. Dos cuerpos en un alma, como dicen. Era indigna, indigna de su amor tan grande, tan santo... Y cada vez que aquellos ojazos tan negros, tan negros, miraban al nuevo amante, escarnecían á Arturo; y cuando el alma de ella, tan negra también, se extasiaba en las nuevas lisonjas, Arturo recibía un insulto. No debía amarla, nada, absolutamente nada, bien claro lo veía; era mala, malísima; y su carne pecadora y pecadora vul-

Tú eres el pato... yo soy la pata...

DESPUES DE LA FALTA

gar, sus ojos traidores, sus palabras superfluas, engañosas; sus caricias fingidas, sus besos asquerosos. ¡Todo, todo despreciable! ¡La realidad era fea, feísima!

Pero el dulce recuerdo de otro tiempo en que fué tan feliz adorándola, los idilios inextinguibles de amor, los ratos, los días, los años dichosos que pasó junto á ella, eran adorables, adorables en extremo.

La realidad actual no: ¡abominable feísima!; pero aquellos recuerdos que llegaban á su memoria, y aparecían dibujados con líneas vagas, cuando estaba solo en la oscuridad de la noche; aquella recopilación de ideas que ella ayudó á formar, le perdían, hacíanle volver loco, y de ellas estaba enamorado. ¡Ah! ¡Si el hombre no había de tener memoria en estos casos!

Y en lucha constante su razón con su fantasía vivió apartado de todos, buscando la oscuridad, enamorado de aquellas ideas, de aquellos recuerdos, y odiando (¡ya la odiaba!) la realidad viviente que los había engendrado.

¡Estaba medio loco y llevaba camino de estarlo completamente!

Y la mató, sí, un día, yendo por la calle en compañía de su amante.

Hubo un proceso, lo fallaron, declaráronle loco y fué recluso en un manicomio. Allí le vi yo. ¡Pobre Arturo!

Tenía una locura pacífica; sentábase en un banquillo del jardín que allí había, y desarrollaba él solo escenas amorosas con un ser que imaginaba tener al lado. Le abrazaba, hablaba con él, le miraba y le sonreía unas veces; otras poníase casi colérico: recordaba, sin duda, aquella escena triste... el revólver... el tiro... la muerta en el suelo... la gente que le detenía, que le insultaba... que le llamó criminal... todo, todo... para luego concluir llorando, llorando allí como un niño.

Reíanse de él todos, hasta los otros dementes; y los médicos... decían sencillamente que era incurable.

R. HUGUET.



DESPERACIÓN



Miscelánea



Agradecemos con toda el alma á los diarios locales que han dado cuenta de las mejoras introducidas en LA SAETA, celebrándolas, las frases benévolas y los elogios con que nos honran y distinguen.

Esto, unido á las alabanzas del público y á su creciente favor, nos animan á continuar nuestra obra y á perseverar en los propósitos de hacer de esta publicación una de las más cultas, amenas y regocijadas revistas españolas.

Por papel van suspiros;
por letras, ansias;
por sobrescrito, penas;
por firma, el alma.
Y son los celos
los que llevan la carta
por más ligeros.

Un enfermo va á consultar con un especialista de fama, el cual le dice:

—¡Calle! Usted y yo tenemos la misma enfermedad.

Después escribe una receta y recomienda al paciente que no fume.

Acto continuo, el doctor enciende un cigarro, y el cliente, sorprendido, exclama:

—Veo que lo que es malo para mí, es bueno para usted.

—Nada de eso. La cuestión consiste en que yo no hago caso de los médicos.

—¿Dónde te diriges, Lino?
—A la feria voy, don Blas,
por ver si encuentro un pollino.
—Pues allí me encontrarás.

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que la señora Heredera de Pedro Motilba, propietaria de este periódico, tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Correspondencia de España, La Elegancia, La Lidia, La Caza Ilustrada, Miscelánea, El Tío Jindama, y Heraldo Taurino.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

Una solterona muy entrada en años, visita un Museo, y pregunta al «cicerone»:

—¿Son muy viejas estas momias?

—¡Ya lo creo! Comparada con ellas es usted una niña.

El buen Marqués del Clavel,
viejo muy enamorado,
tiempo ha que estaba prendado
de la preciosa Isabel;
y creyendo deslumbrar
con su título y nobleza
á la que con su belleza
llegó su calma á turbar,
al par que de amor, la habló
de su linaje y sus bienes,
de su fausto, de sus trenes,
y todo se lo ofreció
diciéndola: — Dos caminos
tiene usted: la cosa es seria:
ó prefiere la miseria
ó acepta mis pergaminos. —
Mas la bella, al del Clavel
dijo con tono altanero:
—Yo al pergamino prefiero
cualquier clase de papel...

J. H. DE LA R.

*Caminito de la fuente
nos encontramos los dos.
¿Y eso es algo extraordinario
para contarlo al lector?*

*Voy á contar á mi madre
las penas que me atormentan.
Hágalo cuando estén solos,
sin que ninguno lo sepa.*

*Ni tú misma te das cuenta
de todo el mal que me has hecho.
Hombre, yo lo siento mucho,
pero dé usted tiempo al tiempo...*

*Estoy malo, dame el lecho
que le das á la guitarra...
Eso no lo va á querer.
¡A cualquiera se le alcanza!*

MORENO.

Soluciones á lo insertado en el número 512

Charada

Hoy, sentado ante una *todo*,
mi compañero *tres prima*
ha escrito una *dos con terciá*
para no sé qué Revista.
A *dos prima* la *dos tres*
he visto que la dedica.
A su *tres tres* con acento
Dios quiera que no lo digan,
porque entonces en peligro
se halla el pobre *terciá prima*.

Y no olviden que les quiere
este humilde charadista.

MORENO.

CGARADA.—Cazadora.

CADENA DE ESTRELLAS:

CAL
ALA
LAURA
RON
ANITA
TER
ARMAR
ARO
ROBAR
ATO
ROS

SALTO DE PULGA.—Melocotón.

Rombo numérico

```

      *
    * * *
  * * * * *
    * * *
      *
    
```

Substituir las estrellitas por cifras, de forma que su-
men 15 por cada lado.

MANUEL VISTA HERMOSA

Salto del caballo

	ce		
	ta	pi	Ya
l	fio	en	pres
E			
es	un	mis	ta
ba	que	ta	
	ta	fria	el
	tum	has	pol
ta	vo	crü	
co	y	el	
	ra,	se	a;
	mf	a	por
ho	ven	a.	
pi	48	vo	me
	él.		
gan	co	im	el
	pol	á	se
za			

LUIS DEL ARCO.

Correspondencia

por CLAK

M. V. del A.—No quiero que vuelva á decirme que no
soy galaute. Allá va su soneto:

•Te vi en el baile
te eché los *hojos*,
pasé mirando
tus bellos ojos
y frío me quedé •

Yo también me quedo frío, y aun sin entender por qué
llama usted *hojos* á los ojos de usted y ojos á los de ella.
Por lo demás, el soneto es admirable, magnifico, y Dios
le conserve el buen humor.

B. S.—No sirve. Pruebe algo más, si gusta.

A. B. U.—Perfectamente di *ho*: algunas suprimo sólo
por flojas.

D. T. A.—A otro perro con ese hueso.

M. M. V.—Es peligroso en estas circunstancias andar-
se con sonetos político-patrióticos. No lo hace usted mal.
Quedan muchas cartas por contestar.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
Año. 11 „
Extranjero y Ultramar, un año. 17 „
Número corriente, 20 céntimos.
Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis
meses. Las suscripciones empiezan el primero de
cada mes —Pago adelantado.





20 cénls.

Núm. 514

Novelas publicadas por el Administrador de "LA SAETA"

LA MUERTA VIVA ó EL SEPULCRO MISTERIOSO, por Leandro García Merino.
Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio, 4 pesetas.

Novelas ilustradas á 2 reales tomo

EL HIJO DE LA NIEVE ó LOS PERROS DEL MONTE DE SAN BERNARDO.	LA CHOZA DE TOM ó EL MARTIRIO DE LOS NEGROS.
LÁZARO EL MUDO ó EL PASTOR DE FLORENCIA.	VALENTÍN EL GUARDACOSTAS ó UN CRIMEN MISTERIOSO.
LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.	LA ESPOSA MÁRTIR ó LA HERMANA DEL CARRETERO.
LA EJECUCIÓN DE UN VERDUGO.	ZAZÁ, MIMÍ Y C.ª
ENRIQUE DE LAGARDERE ó EL JOROBADO.	EL TENORIO DE BELCHICHE.
LOS HUÉRFANOS DEL PUENTE DE NUESTRA SEÑORA.	ENTRE NIÑAS Y BRIGADIERES.
CORPUS DE SANGRE ó EXPIACIÓN.	LULÚ.

Biblioteca económica á 20 céntimos tomo

LA PLEGARIA DE AMOR.	PRESA DEL DIABLO.
LA HIJA DE LA MUERTA.	ANDRAJOS Y DIAMANTES.
EL MÁRTIR DE SU CULPA.	ENRIQUETA.
CORAZÓN DE MADRE.	UN MOZO APROVECHADO ó LA ORFANDAD POR HERENCIA.
LA CARIDAD DE UN ÁNGEL.	LA CRUZ DEL MONTE.
ABANDONADA EN EL MUNDO.	EQUIVOCACIÓN FATAL.
CALVARIO DE AMOR.	MUJER Y ÁNGEL.
MAL PADRE Y BUENA HIJA.	FLORES DEL ALMA. (2.ª parte de «Mujer y ángel».)
CORAZÓN EN LA MANO.	EL RECUERDO DE GLORIA.
EL SUPPLICIO DE UNA MUJER.	EL SUEÑO DEL ARTISTA.
EL PERDÓN DEL MARINO.	POBREZA Y VIRTUD.
LÁGRIMAS DE HIELO.	
EL REY DE IMERECIA.	
EL CUENTO DE MARÍA.	

Sección científico-recreativa á 20 céntimos tomo

Esta interesantísima Biblioteca la forman **cuarenta tomos** con cubierta y láminas al cromo, en las que, por series, se refieren, por el CAPITÁN WARTHON, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo:

- Serie 1.ª TRES ESPAÑOLES EN AUSTRALIA (4 tomos).
- » 2.ª LOS NÁUFRAGOS DE «EL ELTHEN» (5 íd.)
- » 3.ª LOS HIJOS DEL MARINO CRAMMER (6 íd.)
- » 4.ª AVENTURAS DE UNA MUJER EN CALIFORNIA (6 íd.)
- » 5.ª LOS MISTERIOS DEL ÁFRICA (5 íd.)
- » 6.ª UN DRAMA EN UN GLOBO (4 íd.)
- » 7.ª LA VUELTA AL MUNDO EN BICICLETA (10 íd.)

ACTUALIDADES

VIAJES AL PAIS DE LOS BOERS, por el capitán holandés VON DE LA Roc.

Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la actual campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.

A más se regalará á los Sres. Suscriptores una preciosa oleografía representando una marina
El precio de cada cuaderno es de **20 céntimos**.

Los pedidos de estas obras para provincias, al Administrador, **D. Román Gil, Balmes, 86.**
En Barcelona, Rambla del Centro, **Kiosco núm. 3, Heredera de P. Motilba.**
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.—D. Antonio Ros, Victoria, 3, Centro de periódicos.